



REVISTA SEMANAL.

Se publican 48 números al año. Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte, siendo precisa condición hacer la suscripción por anualidades.

AÑO 3.º—NÚMERO 37.

DIRECTORA,
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

7 de Octubre de 1877.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Darro del Campillo, núm. 45.

SUMARIO.

Al pié de un altar, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—**Flores á María en su Concepcion**, poesía, por doña María Galan y Godoy.—**Calvario y redencion**, novela, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—**Poesia**, por don Francisco Molina Aguilar.—**Sor Simplicia**, por don F. M. M.—**Fábula**, por don Francisco Jimenez Campaña.—**Variedades**.

AL PIÉ-DE UN ALTAR.

Regina Virginum.
ORA PRO NOBIS.

Porfirio y Florian se dirigieron al hospedaje que el guia les habia indicado, y resolvieron entregarse al descanso que tanto necesitaban, tras de su largo y penoso viaje.

El anciano despues de dar gracias al cielo por que les habia conducido hasta allí en salvo, se durmió profundamente con el dulce sueño que proporciona un corazon sereno y una conciencia tranquila.

No así el jóven, que sin saber por que, no pudo alcanzar un momento de reposo.

Su espíritu agitado, su mente exaltada, reproducian sin cesar en su pecho todas las emociones que habia experimentado al pisar aquella tierra bendita, y, cosa estraña, entre todas las imágenes que pasaban ante su vista, habia una mas clara, mas fija, mas latente que las demas.

Y en vano cerraba sus ojos para no verla, y en vano intentaba apartar el pensamiento de ella para no recordarla, por que entre las errantes nubes que cruzaban el firmamento, entre las brumas que envolvian en el espacio, en las flores de los valles, sobre las espumas de los torrentes, y tras las claras ondas de los rios, que se habian ofrecido á su vista, siempre contemplaba el rostro bello, la frente casta, la mirada dulcísima de una mujer que se habia cruzado un instante en su camino, y de la cual solo conocia el nombre, que sonaba aun en sus oidos como una vaga nota á la cual respondian estremeciéndose todas las fibras de su alma.

Aquel nombre era el de Leila, la jóven cuyo rostro habia visto un instante, y cuyo recuerdo se habia grabado de un modo tan tenaz en su pecho.

Oh! quién puede penetrar los arcanos de la

Providencia! ¡quién puede descifrar los misterios que encierra Dios en la luz de una mirada!

¡Quién podría adivinar los destinos de aquellas dos almas que se habían encontrado en la senda del mundo, por uno de los inescrutables designios del cielo!

Porfirio al fin se quedó dormido.

Pero lo que su mente le había mostrado despierto, el ángel de su guarda quizá volvió á mostrárselo entre sueños!

Al fin, y no pudiendo hallar el descanso, saltó del lecho, y mientras su padre reposaba, quiso empezar á recorrer alguno de los lugares que habían venido á visitar.

Entre tanto, los árabes que se cruzaron con los peregrinos, habían seguido su marcha en un silencio completo.

La joven Leila, había vuelto á cubrir su rostro, y sin duda por eso su padre que caminaba muy cerca de ella, no había podido notar la expresión preocupada y conmovida de aquel semblante de quince años.

Así, y después de algun tiempo de fatigoso camino, llegaron á las puertas de la mezquita, objeto y término de su viaje.

Aben-Said era noble y poseía inmensas riquezas, que le habían conquistado el respeto y la consideración de los deudos y de los esclavos que le rodeaban.

Leila, su única hija, era bella como el primer rayo de luz de una mañana de primavera.

Sus ojos eran del color de un cielo sin nubes: sus labios se asemejaban á la entreabierta flor del terevinto, y su frente virginal podía competir en blancura con las perfumadas azucenas que bordaban las faldas del Carmelo.

Aben-Said la amaba, como á la luz de sus ojos, como á la sangre que circulaba por sus venas, como al aliento que daba vida á su pecho, y ensanche á su corazón.

Leila no tenía madre; pero su esclava, la vieja Aglae que había cuidado de su infancia, sentía por ella ese acendrado y suave cariño que solo las madres pueden comprender.

Servida y alhagada de cuantos la rodeaban, cercada de perfumes y joyas y flores, se había pasado hasta entonces la vida de Leila, sin que la palabra *dolor* tuviera un claro significado para ella.

En cumplimiento de un voto, y acompañado de dos de sus servidores, había salido aquella mañana Aben-Said de la ciudad, seguido de Aglae y de Leila, que por uno de sus caprichos juveniles, había pretendido aquel día seguir á su anciano padre.

Cuando llegaron a la mezquita, el anciano pe-

netró en ella con la joven y la esclava de esta, que jamás se separaba de su señora.

Pero Aglae era cristiana, y no podía mezclar sus oraciones con las oraciones de los creyentes del Profeta.

Leila tampoco prestaba atención aquel día á las lecciones del Koran. Su mente absorta en una idea, estaba muy lejos de allí.

Por primera vez en su vida, se albergaba un sentimiento que tuviera que ocultar á su padre en aquel inocente corazón.

Aben-Said abandonó la mezquita después de largo espacio de tiempo, y volvió á dirigirse á la entrada, indeciso entre volver á Jerusalem ó esperar á que las brisas de la tarde refrescaran la tierra, é hicieran menos penoso el largo camino que su tierna hija debía volver á atravesar.

—Aguardemos,—murmuró al fin.—Leila es una flor demasiado delicada para esponerla de nuevo á los rayos del sol.

Y el anciano ordenó á sus criados que les sirvieran algunas de las provisiones que habían traído á prevención.

La joven árabe se dejó caer al pié de un frondoso árbol y ordenó á su esclava que tomase asiento á su lado.

Aglae obedeció, y las dos mujeres pudieron hablar sin que nadie escuchase el eco de sus palabras.

—¿Qué tienes, hija mia?—preguntó la anciana fijando cuidadosa sus ojos en Leila, que se había quedado inmóvil y pensativa,—¿qué tienes? ¿por qué la sonrisa huye de tus labios, y tus ojos en vez de admirar el paisaje que nos rodea, permanecen fijos y sin su infantil expresión de alegría.

—Deseaba que nos quedásemos solas, Aglae, para dirigirte una pregunta, á la que tu acaso podrás responder.

—Habla, Leila, que mi deseo es complacerte.

—¿Reparaste acaso en los viajeros que cruzaron á nuestro lado en la mitad del valle, y antes que emprendiéramos la subida del monte?

—Sí, hija mia,—contestó la anciana suspirando.

—Eran extranjeros, ¿es verdad?

—Su porte y su traje así lo indicaban.

—¿Y á qué habrán venido á Jerusalem?

—Por que Jerusalem es la ciudad bendita, cuyo suelo anhelan pisar siempre los que sienten arder en su pecho la pura llama de la verdad y de la fe: tal vez estos sean peregrinos cristianos, que vienen á visitar el lugar donde se efectuó su redención!

—¡Peregrinos cristianos!—murmuró la joven.

—Sin duda alguna.

—¿Y será cristiano tambien aquel que les precedia sosteniendo un anciano?

—No sé de cual me hablas.

—De un joven bello como las promesas del Profeta, gentil como las palmeras de Idumea, de mirada clara y brillante como los luceros que en una noche serena esmaltan el cielo de Judea, y de sonrisa dulce y apacible como las brisas que roban su esencia á las violetas de Sion. ¿No le viste, Aglae? Oh! deviste verlo, y si le has visto, ¿cómo no le has distinguido entre sus demás compañeros?

La anciana miró á Leila con sorpresa: jamás la habia oido pronunciar frases semejantes, y aquel lenguaje apasionado, llamó la atencion de la fiel esclava.

La niña sin reparar en el asombro de Aglae,

—Ah!—continuó—si es cierto que ese desconocido es un cristiano, ¿por qué no seguirá la ley del Profeta?

—¡Por que todo lo grande, todo lo noble, todo lo cierto, se encuentra, hija mia, al pié de la cruz!—respondió la esclava con el entusiasmo de un alma llena de fe.

—Mil veces me has repetido eso mismo, Aglae, y jamás me he encontrado propicia á creerlo.

—Dios, no ha dispuesto aun que suene para tí la hora de la verdad, Leila mia,—murmuró la anciana con pesar.

—Silencio!—esclamó la niña mirando hácia atrás con sobresalto,—mi padre se acerca: calla ahora, que ya me hablarás algo de la religion que tu profesas, y que debe ser muy hermosa si es cierto que cree en ella ese joven extrangero.

Efectivamente, Aben-Said no tardó en llegar junto á las dos mujeres, que enmudecieron enteramente al mirar la faz grave y severa del anciano.

Algunas horas despues, la familia árabe descendia por la senda del monte en direccion á la ciudad.

Leila y Aglae caminaban unidas, ambas pensativas y preocupadas, aunque por bien distintas ideas.

Poco antes de llegar á las puertas de la Jerusalem, la joven se estremeció poderosamente, se aproximó mas á su compañera, y con acento breve y comprimido le dijo muy bajo,

—Mira!

La esclava dirigió su vista en la direccion que Leila le indicaba, y al trémulo fulgor de la espirante tarde, divisó un hombre que medio envuelto en su traje de peregrino, fijaba en ellas á su vez una mirada afanosa.

Aquel hombre era Porfirio.

Sin embargo, Leila y Aglae continuaron su

camino, y nadie se apercibió de que el desconocido las seguia aunque de lejos, y evitando fijar la atencion de Aben-Said y sus compañeros.

(Continuará).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

FRORES Á MARÍA EN SU CONCEPCION.

¿Qué flor pondré sobre el flotante velo
Que se desprende de tu frente pura,
Si ahora no brota el infecundo suelo
Cual en mayo tapices de verdura?
Está cubierto por el duro hielo
Y hasta el fugaz arroyo que murmura
Al despeñarse al arenoso rio,
Se torna de cristal cuajado y frio.

No hay blancos lirios, perfumadas rosas,
Fragantes nardos, puras azucenas,
Que entre otras flores se alcen orgullosas
De frescura, color y gracia llenas.
Sus pétalos no besan cariñosas
Las auras apacibles y serenas,
Que envueltas entre polvo cenagoso
El aquilon los destruyó furioso.

No hay flores, que marchitas perecieron;
No hay bosques donde aniden ruiseñores
Que su sombra al perder tambien huyeron
Temiendo del invierno los rigores.
Sus trinos en el viento se perdieron,
El eco se olvidó de sus amores:
Pues si no hay flores, aves ni armonía
¿Qué he de ofrecerte yo, Virgen María?

¿Qué te daré, si pobre no poseo
Para ofrecerte humilde una corona?
Tiendo ansiosa la vista y nada veo
De cuanto mi alma para tí ambiciona.
Grande es mi afan, inmenso mi deseo
Mi fe Señora y tu piedad lo abona,
Y por tí el corazon de amor henchido
Sus goces y sus penas da al olvido.

¿Qué te daré, Señora en este dia...
Toma mi amor, mi vida, mi alma entera,
¿Á que buscar mi amante fantasia
Las flores que creó, la primavera?
Si brota de mi mente la poesía
Aunque indigna de tí, con fe sincera,
Como un destello del amor que anida
En mi seno, que á tí me tiene unida!

Acógelo; y allí desde la altura
Donde en trono de nubes reclinada
Elevas junto á Dios la frente pura

De brillantes estrellas coronada.

Ilumine la luz mi mente oscura,
Baje hasta mí la inspiracion sagrada,
Enjuga el llanto de la patria mia
¡Que solo espera en tí, Pura María!

M. E. G. y G.

Fiñana 8 Diciembre 1877.

CALVARIO Y REDENCION.

CARTAS DE DOS HERMANOS.

Valeria de Aguilar, á Edmunda de Mendoza.

Te ofrecí en mi última carta darte detalles de mi entrevista con mi hermana, hablándote al par del estado de mi corazon, y quiero cumplir mi palabra porque de no hacerlo así, creo que sufriría doble y que mi razon vacilaría, segun son de encontradas y estrañas las ideas que ruedan en ella.

Angelina está enteramente curada.

Se dá cuenta de sus pensamientos, se mueve, siente, y en una palabra, toma posesion de la vida y podrá ocupar el lugar que yo habia juzgado no le pertenecería nunca.

—Oh! tú, Edmunda, que feliz y tranquila has cruzado la vida sin que te asalte por un instante el temor de perder tu fortuna y la brillante posicion que ocupas, no puedes comprender la impresion que causó en mí la vista de esa niña á quien yo juzgaba moralmente muerta, y que hoy aparece á mis ojos, dispuesta tal vez á arrebatarme los bienes de su madre, que yo contaba ya enteramente míos.

Sí, míos, por que siendo ella un ser inútil é impotente, nadie hubiera venido á despojarme de esa riqueza que tanto me ha hecho sufrir y á la cual he adquirido un derecho comprado á precio de mi reposo.

Tu sabes, Edmunda, tu sabes que yo aborrecía á Blanca, la madre de esta niña, y que agoté cuantos recursos me sugirió mi imaginacion para que mi padre la odiara tambien.

Julio, ese jóven á quien sin saber como inspiré un amor suficiente á hacerle esclavo de mi voluntad, me ayudó en mi empresa, y mi padre no solo dudó de la virtud de Blanca sino que dudó al par de la legitimidad de Angelina.

Aun hoy mismo, despues de muerta su madre, esa niña le inspira una secreta aversion que me guardaré muy bien de extinguir.

Por desgracia, Edmunda, yo miro la vida de

distinto modo que tu, yo la miro por el punto de vista del cálculo solamente.

Criada desde niña en esta atmósfera metalizada, donde solo se trata y se habla del tanto por ciento, donde se cuentan por cifras los dias y la vida por guarismos, me he acostumbrado tambien á contar y meditar y ver las cosas solo por el lado del interés y la ganancia.

He creído que tanto valdría como tuviera, y no he pensado mas que en poseer el oro suficiente para que se me considerase y se me mirara con envidia por las personas que me rodearan.

La sociedad rinde culto al becerro de oro, me he dicho muchas veces, sigamos su corriente y solo pensemos en acumular unos cuantos millones, que con ellos tendré su admiracion y su aprecio.

Por eso, amiga mia, Blanca me inspiró rencor desde el momento que apareció á mis ojos con un caudal fabuloso, y en que oí decir á mi padre y á cuantas personas nos trataban. — ¡Oh! esa mujer es un tesoro, ¡que fortuna ha sido obtener su mano! ¡es preciso considerarla mucho! — y otras mil frases por el estilo. que me hicieron concebir una idea bien triste de mi misma, que solo poseía mi juventud y mi belleza.

Desde entonces juré que sería rica y lo he conseguido.

Mi madrastra murió sin tener mas parientes que su hija, y por consiguiente, siendo esta su heredera universal.

Yo creí que la casualidad me habia favorecido haciendo esta herencia inútil para Angelina, y juzgando que de las manos de mi padre pasaría íntegra á las mías, y esta idea halagando mis sueños de oro, se ha posado largos años en mi mente, borrando de ella algunos recuerdos que sin mi fuerza de voluntad hubieran podido turbar mi reposo.

Hoy, estos bienes de que el destino me habia hecho poseedora, me eran doblemente queridos, pues pensaba que ellos me ayudarían á conquistar el amor de un hombre que á mi despecho se ha convertido en una necesidad, en un tormento para mi alma.

Si: á pesar de su desinterés, á pesar de su nobleza, Fabian hubiera visto en mí una mujer superior, si rica, jóven y solicitada, me fijaba en él y le prefería á la multitud de adoradores que de continuo solicitan mi dote.

Además, una posicion cómoda y brillante, seduce toda imaginacion pensadora; y el pasar de pobre dependiente á rico capitalista, es una perspectiva á la que pocos pueden resistir.

Hoy todas mis ilusiones han venido á tierra casi.

El restablecimiento de Angelina destruye todo mi porvenir.

De esa niña es todo cuanto poseemos, y si sigue buena, si sigue apta para tomar parte en las dichas y en los goces de la existencia, mañana encontrará un hombre que la ame y que nos pida cuenta de la herencia de su madre.

Oh! ¡si ese hombre fuera Fabian, si Angelina me despojase al par de la posición que ha sido mi empeño, y del amor del único hombre que á conmovido mi corazón!

¡Si esa niña estuviera destinada á colocarse ante mi paso y á destruir mis esperanzas, te confieso, Edmunda, que no sé de lo que sería capaz para recuperar ambas cosas!

En un principio, aun en mi alma se abrigaba la duda, aun tenía la esperanza de que su transformación no fuera completa.

Pero ayer, cuando Fabian la trajo á mi lado, cuando escuché sus primeras palabras tímidas, sí, pero llenas de razón: cuando he visto fijarse en mí su mirada tranquila y suave, que me recuerda la mirada de su madre; me he convencido que Angelina está en el lleno de su razón y de que en breve será una joven inteligente y bella en extremo.

Sí: á pesar de que no puedo amarla, á pesar de que sin ser dueña de evitarlo, mi corazón la rechaza, comprendo que su hermosura tiene algo de suave y conmovedora y que su inocencia es la de un ángel.

Niña aun, y mas niña, porque su alma y su razón se despiertan ahora, no sabe dominar sus impresiones ni ocultar su amor y su desvío.

Alguna vez sin embargo, su frente se cubre de una nube sombría en cuanto Fabian está á mi lado, cuando al dar la lección de piano nos contempla juntos largo rato.

Parece que un sentimiento de celos que aun no se sabe explicar, angustia su infantil corazón, y que á no ser por mi expreso mandato de estar siempre al lado mío, se volvería á su antigua estancia por librarse de mi presencia.

Cuando mi doncella prende un lazo en mis cabellos, ó coloca en mi cuello algunos diamantes, Angelina me mira con profunda atención y se entristece al juzgarme bella.

Ayer, y cuando la joven que he puesto á su servicio, y que me refiere sus menores palabras, peinaba sus rubios cabellos.

—¿Por que no me pone V. también un traje blanco como el de mi hermana, y un collar de perlas como el que ella tenía ayer. Oh! estaba muy hermosa y Fabian que se hallaba á su lado lo pensaría también como yo, mientras que

con mi vestido liso y negro, deberé parecerle siempre fea.

—Señorita,—le respondió la doncella,—V. lleva aun el luto de su madre segun creo, aunque ya hace mucho tiempo que murió. Si V. quiere dejarlo, hablaré de ello á la señorita Valeria y se le harán ropas de color.

—¡El luto de mi madre!—respondió Angelina tristemente:—el luto de mi madre! Oh! entonces no, no quiero dejarlo: esto es lo único que guardo de ella! y una lágrima rodó por su mejilla, permaneciendo callada un instante.

—Después y mirándose en el espejo, añadió:

—Fabian me ha visto siempre de luto y me quiere sin embargo, y algunas veces oí que decía á Susana,

—¡Está bella como un serafín! sí; déjeme V., déjeme V. así.

Ya ves por estas frases que en su inesperienza no trata de ocultar que Fabian es su único pensamiento y el solo anhelo de su alma. Ya ves también si tengo motivo para sentir hacia ella celos y odio; celos, sí, por que aunque él finje mejor que ella, Fabian la distingue, Fabian la ama, y si ese amor es aun el que se profesa á una niña, no tardará en desarrollarse y convertirse en la pasión que nos inspira una mujer.

Pero no llegará ese caso, yo te lo juro: tengo mi plan y sabré conseguir de mi padre que la separe de nuestro lado, como conseguí que se apartara de su madre, y que la inutilizara para hacerme sombra.

Ahora como entonces cuento con Julio, y ahora como entonces, saldré adelante con mi empeño.

No me reconvengas, Edmunda, no me acrimines por mi conducta: hay seres que nacen para luchar y que no quieren ser vencidos, y yo soy uno de ellos.

La contrariedad me exalta, los obstáculos me irritan, y sabré destruir cuanto se oponga á mi voluntad.

A Dios; ya se que tu me amas, y que si ves algo malo en mí, me compadece y no me odias nunca, ni nunca me crearás un ser despreciable y abyecto.

Valeria.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

PARA LA CORONA FÚNEBRE

DEL MALOGRADO POETA

D. MANUEL DE PASO Y FERNANDEZ CALVO.

DÉCIMA.

Alma que volaste al cielo
 Junto al trono del Señor,
 Te demando por favor
 Mires á tu pátrio suelo:
 Calma á tus padres su anhelo,
 Que lloran tu juventud;
 Yo adornaré tu Ataud,
 Nó con coronas de flores
 Pues las tienes tu mejores,
 Te corona tu virtud.

Francisco Molina Aguilar.

Baza y Octubre de 1877.

SOR SIMPLICIA.

Los habitantes de París, que hace pocas mañanas cruzaban á las ocho por lo que ayer era calle Taranne, hoy es monton de escombros y mañana será el centro del boulevard Saint-Germain, pudieron presenciar un espectáculo que un folletinista calificaría de pintoresco.

Por todas las calles que desembocan en la plazoleta donde se abre la puerta principal de Saint-Germain-des-Prés, desfílában lentamente otros tantos cortejos de religiosas, caminando en direccion á la antigua abadía real de la casa de Francia.

Las calles de Rennes, de Saine-Benoit, del Dragon, de Bonaparte, veíanse llenas de hábitos negros, blancos, grises, coronados por nevadas tocas ó por tupidos velos oscuros.

Se ha dicho y se ha repetido hasta la hartura, que París, mas que una ciudad francesa, es una ciudad universal, y mas que la capital de una nacion, la capital del mundo, en atencion á que carece de rasgos fisonómicos propios, nacionales ó locales.

Aquí se encuentra reunido en gigantesco mosaico todo lo que puede verse desparramado por el resto del globo; pero no hay nada que se vea exclusivamente en París; nada, á no ser el conjunto.

Sin desconocer lo que haya de exacto en el fondo de esta opinion, unánimemente admitida, forzoso es reconocer que de esa misma grandeza del conjunto derivanse consecuencias que imprimen carácter, y que en cierto modo la cantidad llega á influir esencialmente en la calidad.

Tal sucede con la abundancia de institutos religiosos para mujeres.

Toda persona, sin excepcion, que por vez primera viene á París, por poco observadora que sea, siéntese sorprendida, acaso como del rasgo mas saliente y que mas entra por los ojos, del extraordinario número de santas mujeres con que tropieza por todas partes.

Diríase que cada dia nace una nueva Orden, segun la variedad infinita y siempre creciente de los hábitos femeninos.

La fe y la caridad, mil veces mas ingeniosas, mas sabias, mas prácticas y mas fecundas que la economía política, han resuelto á maravilla el problema de la division del trabajo, y no hay llaga en nuestra pobre naturaleza para cuya curacion no haya surgido en París una falanje especial, con bálsamos especiales, y con un director especial tambien, que esté en el cielo entre los Santos.

Calles hay, en la orilla izquierda sobre todo, cuya extension se mide por kilómetros, y cuyos edificios, en dos terceras partes á lo menos, se hallan ocupados por casas matrices de fundaciones religiosas, modernísimas todas.

Al rayar el dia cuando París yace aun en brazos del sueño y solo algun raro madrugador cruza las calles, ocupadas por las legiones de obreros nocturnos, aderezadores de afeites que todas las noches pulen los adornos de la ciudad coqueta, y reparan los estragos producidos durante el dia en los atavíos de la gran cortesana, esas casas abren sus puertas.

Algunas hay tan pobres, tan pobres, que carecen hasta de la pieza mas ardientemente deseada por sus moradoras y mas necesaria para su vida, la iglesia donde puedan comulgar y oír Misa.

En ese caso la comunidad se dirige en masa al templo mas próximo. En el caso contrario, las hermanas salen de dos en dos, y en este tiempo, á la luz todavia del gas se dispersan por calles y plazas y se estienden como fluido de vida por el cuerpo del gigante aletargado.

Unas van á relevar á las sufridas centinelas que han velado junto á un lecho de muerte. Otras van á andar leguas enteras en busca de alimento y abrigo para niños que sin ellas no sabrian lo que es una madre, ó para ancianos que de ellas han aprendido lo que es una hija.

¡Pobre París! Nunca sabrá, porque no habrá jamás una pluma capaz de hacer el cálculo en cosas que no se miden ni se pesan, todo lo que debe, aun materialmente, á este soplo vivificador y purísimo, que dia y noche le desinfecta y le recorre en todas direcciones,

Como la brisa que la sangre orea
 Sobre el oscuro campo de batalla,
 Cargada de perfumes y armonías.
 En el silencio de la noche vaga.

Pero en la mañana á que me he referido en el comienzo de estas líneas, que era por cierto la del 18 de Octubre, no se trataba de ese movimiento ordinario, arre-

glado y metódico como los latidos del corazón. Las comunidades, en vez de dispersarse por París, recogíanse en Saint-Germain, y se iban agrupando alrededor de un humilísimo féretro.

Cuando la iglesia estuvo llena, dió principio el oficio de difuntos, y pocas veces la voz de los cantores habrá tenido un acompañamiento mas conmovedor y mas penetrante, pues las sublimes notas del canto litúrgico se elevaban al cielo acompañadas y como sostenidas por un concierto de mal sofocados sollozos.

Aquellas fuertes mujeres, mucho mas familiarizadas con la muerte que el mas bravo soldado; aquellas valerosas amigas del dolor, aquellas almas apasionadas de todo lo que sea sufrir y que saben, como nadie, que padecer es vivir, y morir resucitar, lloraban como el niño recién nacido, rebelde á las primeras punzadas de los dolores humanos.

Aquellas lágrimas ardientes deslizándose entre los párpados entornados, una por una, como las cuentas de un rosario entre los dedos de una virgen, ¡qué envidiable corona debían formar en el cielo al alma por cuyo reposo eterno se imploraba bajo las bóvedas de la vieja abadía!

Verdad es que no habia otro tributo digno de la muerta.

Cantar su gloria en un drama, en un himno, en un discurso, hubiera sido afrentarla; para enzalsar la grandeza de su muerte, no habia mas forma de expresion adecuada que aquellas lágrimas, tan sublimes, tan sencillas y tan oscuras como el acto de heroismo cuyo recuerdo las hacia brotar los ojos.

Llamábase la muerta Sor Simplicia, y pertenecía á las Hermanas del Buen Socorro, establecidas en la calle Jacob, y dedicadas á la enseñanza y adopcion de niñas huérfanas ó desamparadas.

En una de las últimas tardes del mes de Setiembre, Sor Simplicia sacó á las afueras de París á sus educandas para que disfrutasen de los templados rayos del sol de otoño en la magnífica campiña que rodea á la gran ciudad.

Gozaba la pobre madre con el espectáculo de los juegos á que se entregaba la bandada infantil, algo alejada de ella, cuando de un bosquecillo próximo salió un perro rabioso, flechado, sin vacilar, hácia el bullicioso rupo.

—¡Hijas mías! gritó solamente Sor Simplicia. Y con la rapidez del pensamiento corrió á interponerse entre las niñas y el perro, cerrando á éste enteramente el paso.

—Corred, pedid socorro, buscad algun hombre; pero corred, corred sobre todo, les decia.

Y entre tanto, iba dejando á girones sumano izquierda entre las fauces ensangrentadas de la fiera, á la que sujetaba con la derecha para dar tiempo á que se pusieran en salvo aquellas sus hijas en el Corazon de Cristo.

La fuerza del dolor la hizo por fin soltar, cuando ya

todas las niñas se habian dispersado llorando y pidiendo auxilio, y entonces el animal furioso hizo presa en la otra mano, despedazándola igualmente.

Cuando acudieron algunos hombres con armas y dioron muerte al perro rabioso, las manos de Sor Simplicia eran dos pedazos de carne triturada, cubierta de sangre y de baba viscosa. ¡Aquellas manos ya no acariciarían mas rubias cabecitas, ya no vendarían con amor y respeto mas llagas, ya no enjugarian mas lágrimas infantiles!

Tres semanas despues—¡tres siglos de tormentos!—espiraba la religiosa que, como el pelícano místico, habia dado la vida á sus hijas abriéndose las venas y derramando por ellas toda su sangre.

FÁBULA.

EL GATO, EL FALDERO Y EL PODENCO.

Siempre en batalla harto brava
Un gato con un faldero
Estaba, y el trance fiero
Un podenco presenciaba.
Y lamiéndose el hocico,
Tinto en sangre:—¡qué razon
Nos mueve siempre á cuestion!—
Esclamaba el perro chico.
Y el lebel de largos piés
Respondia:—¡vive Dios!
De nada servís los dos
Y de ahí nace el interés.
Tú á las ratas das la paz,
Tú no defiendes la casa
Y así el tiempo bien os pasa
Durmiendo mas que un rapaz.
Y es razon que os enfurece
Como clarín de rebato:
*Que comeis de un mismo plato
Y ninguno lo merece.*

Francisco Jimenez Campaña.

VARIETADES.

POR DIOS.

En 1856, Mons. D..., obispo á la sazón de N... y mas tarde arzobispo de P..., dirigió una esquila al comandante general del departamento. Dicha esquila, asaz lacónica, revelaba cierta preocupacion. Deseaba el Prelado una conversacion confidencial, sin dejar adivinar el asunto. Obispo y General cultivaban relaciones casi íntimas, agradables, llenas de confianza. Léjos estaba entonces el soldado de pensar que algun dia escribiría el término cruel, bien que glorioso, de la vida del sacerdote.

Fué, pues, el General al palacio episcopal, en donde Su Ilustrísima, que se hallaba solo en su gabinete, le

contó que un joven soldado, dragon de la guarnicion, acudia á la catedral varias veces por semana y seponia á pasear reposadamente, unas veces cabe la pila del agua bendita, otras cerca del cepillo de los pobres, y á menudo junto á la entrada de una capilla. A veces solia permanecer una hora entera, inmóvil, y con los ojos fijos en el altar ó en algun cuadro del *Via-Crucis*.

Era la actitud del joven militar respetuosa, y jamás una palabra salia de sus labios. Siempre de pié, apenas se ocupaba del principio ni del fin de los Oficios. Su atencion parecia estar en otra parte; el bedel de la iglesia, que se habia fijado en ejercicio tan extraordinario, sospechaba algun crimen ó delito. Dió de ello aviso al suizo, y ambos se prometieron no perderlo de vista. Pero, no sacando nada en limpio, contaron el caso á un coadjutor, que interrogó al soldado con bondad, y hasta le invitó á sentarse. Esa proposicion fué rechazada con cierto calor, y el joven militar respondió ingenuamente: «¡Si yo no hago mal á nadie!»

Y sin embargo, la vigilancia continuaba, es verdad que sin resultado. Suizos y bedeles, cantores y piporristas empezaban á fundar sobre el caso una porcion de historias terribles, cuyo desenlace habrian de revelar los tribunales.

La honrada apariencia del muchacho, su aspecto reservado, las muestras de piedad que daba con la mayor naturalidad, sin sombra de ostentacion, quitaban el sueño á los que por deber le vigilaban.

En fin, avisado del caso el Prelado, y una vez convencido de la verdad de los hechos, sin tratar de averiguar su importancia, solicitó el apoyo de la autoridad militar.

El Obispo sentia dar aquel paso. Naturalmente amigo del soldado, temia descubrir alguna falta grave, cuyas consecuencias influirian desfavorablemente en daño del uniforme militar.

El General ignoraba absolutamente la asistencia asidua de uno de sus soldados á la catedral.

Su asembro fué por lo menos tan grande como el de Mons. D...

En el mismo instante envió un sargento de planton al templo, con órden escrita de conducir el soldado al palacio episcopal. En caso de hallarse ausente, el sargento debia aguardarle, y si no venia, volver al día siguiente á la catedral hasta encontrarle.

Tres horas despues el General volvia al gabinete del obispo. Al atravesar el patio divisó al sargento con el soldado de caballería. Este último parecia estar dominado por una gran emocion.

Apenas el sargento fué despedido, el soldado se presentó ante el General y el Obispo. Tenia unos veinte y dos ó veinte y tres años, rostro imberbe, mirada serena y enérgica, la cabeza descubierta, y arrostró con cierta dignidad las miradas que intentaban escrutar sus pensamientos.

Tras una breve pausa, díjole el General:

—No tenemos nada que echaros en cara, hijo mio, y no estais ante vuestros jueces. Únicamente desearíamos Monseñor y yo, saber con franqueza por qué os pasais en la iglesia cuatro ó cinco horas seguidas paseando, sentándoos ú observando...

—Dispense usía, mi General; nunca estoy mas que dos horas seguidas, y siempre estoy de pié.

—Importa poco el tiempo, amigo mio, importa poco la actitud. Responded sin miedo. ¿Qué vais á hacer en semejantes lugares?

Sonrió el joven militar, y dijo con encantadora sencillez:

—Monseñor, yo soy hijo de un pobre labrador de las orillas de la Dordogne, y apenas sé ni leer ni escribir. En mi pueblo tenemos un Cura anciano que todas las tardes, despues del trabajo del día, reúne en un rincon de la iglesia á los muchachos de diez y seis á veinte años. Los demás pueden ir, pero no se admiten mas que los hombres. El Cura no hecha sermones, pero habla con nosotros, y nos pregunta sobre nuestras necesidades y nuestros proyectos, nos da consejos, escucha nuestras miserias y recibe nuestras promesas.

Una noche, era esto durante la vendimia, nos dijo: «Hijos míos, haced siempre alguna cosa por Dios, cuando vuestros canastos estén llenos de uvas dad un racimo al pobre que pasa por el camino. Si sois carpinteros, dedicad una hora al Señor componiendo un banco de la iglesia, la cruz de madera del *Via-Crucis* ó la mesa de una viuda. Cualquiera que sea vuestro oficio, os produce dinero aunque no tanto como para dar. Pues bien, hijos míos, hacer caridad con vuestro trabajo; sea un día, sea otro, ocupad vuestros brazos, vuestras manos, vuestro cuerpo *por Dios*. Y durante ese trabajo pensad en Él, que os verá y bendecirá. Y ya vereis cuán contenta se siente vuestra alma.»

Ahí tiene V. E., señor Obispo, lo que nos decia el bueno del Cura. En el pueblo ya daba yo mi racimo de uvas por Dios; pero en el regimiento, ¿qué diantre podia yo dar?

Pues, señor, un día dije yo para mis adentros: hay que dar algo, y este algo tiene que ser cosa del oficio. Mi oficio es ser militar, pues bueno, daré una guardia. Dicho y hecho desde aquel día hago la centinela en la casa de Dios durante dos horas, de pié sin chistar, como lo reza la Ordenanza, y sin olvidar ni un momento la consigna.

—¿Qué consigna?—preguntó el General con amabilidad.

—¡Toma! La que Dios me da cada vez que voy. Sea por la oracion, sea por las voces del organo, y por lo regular por el silencio imponente que reina en la iglesia, el caso es que yo oigo la consigna, ó que mi alma la siente. Así es que allá trabajo *por Dios*, y supongo que mi Cura no tendrá queja de mí.

Levantóse el Obispo, y estrechando las manos del soldado, abrazóle con ternura dándole un ósculo en la frente. El bueno del militar se quedó hecho una pieza, pues tenia un alma feliz, un corazón sencillo y una fe como un templo.

Lo que acabo de referir no es cuento, sino una historia que muchas personas conocen como yo. No tengo que decir que es verdadera en todas sus partes.

Cada uno de nosotros puede encontrar en ella una leccion, porque todos nosotros manejamos una herramienta para trabajar.

¿Por qué no hemos de dedicar algun rato á trabajar *por Dios*?

Una asociacion podria realizar maravillas proponiéndose esta idea por base.

Imitemos el ejemplo de aquel pobre hijo del labrador que daba un racimo *por Dios*, y que siendo soldado hacia la guardia *por Dios*. Aquel servia al Señor guardando su santa casa y permaneciendo en la inmovilidad: sirvámosle nosotros con nuestra actividad.

General Ambert.

GRANADA:—Imp. de la Fé, Mendez Nuñez 26.